

LA ARQUEOLOGIA CONTEXTUAL: UNA REVISION CRITICA

POR

ARTURO RUIZ RODRIGUEZ (*)
TERESA CHAPA BRUNET (**)
GONZALO RUIZ ZAPATERO (**)

RESUMEN En este trabajo se analiza la creciente importancia de la «Arqueología Contextual», y se realiza una crítica de sus presupuestos teóricos y de sus aplicaciones prácticas, señalándose el efecto que puede desencadenar en la Arqueología española.

ABSTRACT This article analyzes the increasing importance of «Contextual Archaeology» and criticizes its theoretical assumptions and practical applications, with particular attention to the effect which it might have on archaeological research in Spain.

La corriente arqueológica reciente que ha dado en llamarse, de manera un tanto imprecisa, «simbólica», «post-procesual», «cognitiva», «estructural», «idealista», «radical» y «contextual», ha cobrado sentido en torno a la obra de I. Hodder y sus discípulos de la Universidad de Cambridge. Los primeros trabajos de Hodder —a lo largo de los años 70— se centraron en el análisis espacial en arqueología recogiendo, sobre todo, instrumentos analíticos de la geografía y, en especial, de la geografía locacional (Hodder y Orton, 1976; Hodder, 1978). A finales de la década, sus trabajos de etno-arqueología en el Africa del Este (Hodder, 1977 y 1979) le descubren una dimensión nueva: el simbolismo, o la organización de la cultura a través de símbolos. Esta manera de enfocar la cultura, a raíz del «impacto del Lago Baringo», cierra la línea de trabajo sobre Arqueología Espacial —sólo retomada, y ya desde otros planteamientos, más recientemente (Hodder, 1984 y 1988)— y abre el inicio de una «Arqueología Contextual», empleando el término recientemente elegido por el propio autor frente a los apelativos indicados más arriba, que se han venido empleando como sinónimos (Hodder, 1987d: 2), si bien está claro que hay muchas otras aproximaciones que pueden denominarse contextuales (Barrett, 1987).

Con la idea omnipresente de atacar los presupuestos básicos de la «New Archaeology», aparecen los primeros trabajos de entidad de Hodder dentro de esta línea, *The Present Past* (1982a), *Symbols in Action* (1982b), y la obra colectiva *Symbolic and Structural Archaeology* (1982c). La cultura es el concepto central que Hodder trata de redefinir para la interpretación arqueológica, y se considera más o menos como un sistema simbólico de acción significativamente constituido. La dependencia

(*) Departamento de Prehistoria. Colegio Universitario de Jaén.

(**) Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. 28040 Madrid.

de la teoría antropológica, la falta de una explicitación de definiciones de conceptos y, en definitiva, la carencia de un verdadero cuerpo teórico-metodológico fueron rápidamente criticados (Yengoyan, 1985). Paralelamente, algunos discípulos de Hodder estaban planteando sus trabajos dentro de un «marxismo estructuralista», en una versión bastante peculiar (Miller y Tilley, 1984).

Los estudios más recientes de esta tendencia corresponden a los libros aquí reseñados de Hodder, *Reading the Past* (1986), *Archaeology of Contextual Meanings* (1987a), y *Archaeology as Long-Term History* (1987b), y de Shanks y Tilley, *Reconstructing Archaeology* (1987a) o *Social Theory and Archaeology* (1987b). A éstos habría que añadir la obra de Miller, *Artefacts as Categories* (1985) y el artículo publicado por el propio Hodder en el pasado número de esta revista resumiendo sus planteamientos, y que nos sirve de punto de partida para nuestro comentario (Hodder, 1987c).

LA ARQUEOLOGIA CONTEXTUAL (A. C.) COMO ALTERNATIVA A LA NUEVA ARQUEOLOGIA (N. A.)

La Arqueología Contextual, al surgir en buena medida como rechazo de la N. A., intenta rebatir algunos de los principios y aplicaciones de esta última. Como señalan Earle y Preucel (1987), sus ataques se han desarrollado en torno a tres puntos básicos de disidencia. En primer lugar, Hodder señala que la búsqueda de leyes generales del comportamiento humano, objetivo primordial de la N. A. es, sin embargo, un aspecto trivial, puesto que lo realmente importante es la comprensión de contextos que pueden ser únicos. Señala como ejemplo la inoperancia de los principios generales que postulaban relaciones necesarias entre proximidad geográfica/similitud en la cultura material, o riqueza del ajuar funerario/estatus del individuo en vida. Así pues, la N. A. sólo habría dado un barniz erróneamente cientifista a una disciplina que en ningún caso, siempre según Hodder, puede ser valorada como Ciencia.

En segundo lugar, rechaza que las relaciones entre el hombre y su entorno (demografía-medio ambiente-recursos) permitan explicar la variabilidad cultural, que sólo puede comprenderse si, frente a ese aparente determinismo, se valoran tres nuevos aspectos: el individuo, la cultura y la Historia. El individuo podría revalorizarse intentando penetrar y asumir su mentalidad, en el estilo de los esquemas idealistas de Collingwood. La cultura, lejos de ser entendida como medios extrasomáticos de adaptación, se considera como «significativamente» constituida y, por lo tanto, sus aspectos simbólicos se convierten en factores clave de su valoración. Lo subjetivo se imbrica con lo objetivo, constituyendo dos principios inseparables, y la N. A. incurre en un grave error al cercenar el primero y analizar la evidencia desde un «empobrecedor» y «rutinario» materialismo. Inclusive en uno de los artículos incluidos en el libro *Archaeology as Long-Term History* se llega a reivindicar a algunos estudiosos alemanes para los que materiales arqueológicos como los vasos cerámicos, se hacen más inteligibles si su simple presencia no se mediatiza con información sobre su contexto socio-económico (Whitley, 1987: 14). Por último, la Historia sería un factor minusvalorado por los especialistas americanos, más ligados a disciplinas antropológicas, que sólo analizan horizontes cronológicos sincrónicos o comparan culturas sin tener en cuenta el factor tiempo. Para Hodder, la Historia permite comprender el presente, y se convierte en una explicación del mismo, como demuestra en su conocido estudio sobre las calabazas de los Ilchamus, en Kenia (Hodder, 1986), o en su estudio del yacimiento neolítico de Chatal Hüyük (Hodder, 1987d).

En tercer lugar, a consecuencia del afán generalizador de la N. A., ésta ha dedicado muy poca atención a los grupos minoritarios, únicos o marginados, favoreciendo así los intereses imperialistas de las grandes potencias, especialmente en el caso norteamericano, y constituyendo así una tendencia retrógrada dentro del panorama arqueológico mundial (Trigger, 1984). Todas estas críticas, sin embargo, se constituyen sin ofertar una alternativa clara y organizada en la que poder insertarse.

Como se señala más adelante, la postura de Hodder y su escuela es siempre ambigua, y presenta numerosas contradicciones. A pesar de que considera triviales los principios generales, él mismo puede afirmar ocasionalmente estar interesado en ellos (Earle y Preucel, 1987: 526), pero de nuevo su trabajo y su escuela nos exponen lo contrario. Por otro lado, la valoración del individuo y la simbología, la cultura como contextualmente significativa, es algo imposible de objetivar, y que cae en un inevitable actualismo de carácter mentalista difícil de compartir por diferentes personas (Binford, 1987: 393). Por último, tanto su reivindicación de la Historia, como su acusación a la N. A. de silenciadora de identidades locales puede contemplarse en España desde perspectivas muy distintas a las que expresa el investigador británico, como veremos al final de este comentario. En cualquier caso, puede decirse que la A. C. ha combatido con más éxito los errores de aplicación de la N. A. que sus principios teóricos.

LAS INCONSISTENCIAS TEORICAS DE LA ARQUEOLOGIA CONTEXTUAL

El círculo de Cambridge ha tomado como plataforma de debate precisamente el horizonte teórico preparado por sus odiados oponentes hempelianos de la N. A., y es a partir de aquí donde debería realizarse la crítica que proponemos. La primera superación propuesta por la A. C. es el problema de la relación *teoría/práctica*, siguiendo una tendencia holística retomada de Kuhn, y asumiendo que la práctica es un todo. Con ello han abierto una doble perspectiva de difícil valoración al situarse en el límite de la incoherencia epistemológica. Primero, porque han abierto una vía hacia el instrumentalismo, lo que supone la aceptación de que el instrumento teórico se mide por su utilidad (Gandara, 1982), y ello les ha llevado a un relativismo particularista en el que la verdad nunca puede verificarse. Segundo, porque en línea con esta posición pragmática, han dado entrada al marco de las condiciones sociales del presente y su indudable actuación, no sólo en la posición del investigador, sino en el conjunto de la Arqueología. Por ello, la A. C. se ha encontrado con su primera contradicción, con su primera proposición de inconsistencia epistemológica: evaluar en un mismo campo teórico una posición relativista de rechazo a la verdad y una aceptación de las condiciones históricas del presente —que curiosamente no se cuestionan— sobre el devenir de la Ciencia.

Detengámonos en esta última cuestión porque abre el segundo nivel de análisis o, para ellos, la segunda contradicción a superar: el binomio *objeto-sujeto*. Si se produce la imposibilidad de separación del condicionante histórico del presente sobre el sujeto, éste arrastrará su proyecto en la lectura del pasado, pero lo que debiera ser motivo de análisis, motivo de crisis, se convierte en la A. C. en base de su propuesta. La superación de la alternativa subjetividad-objetividad impide al sujeto no sólo construir la verdad, sino incluso resolver los posibles caminos que le aproximarían a ésta. El arqueólogo —y la propuesta es de Shanks y Tilley— no podrá ya arrogarse la capacidad de resolver, y deberá permanecer vulnerable y abierto, como un ser contemporáneo inscrito en un mundo ideológico del que no se puede desembarazar. Se descubre así que lo que subyace en su segunda superación no es sino el reconocimiento del idealismo como posición ontológica y base epistemológica de la teoría (Kent, 1987: 518). Se ha superado la contradicción decantándose por uno de sus lados: el triunfo del sujeto. Se explica así el encuentro de Hodder con Collingwood (1986) para quien las actividades que estudia el historiador no son observables, sino experiencias que debe revivir en su espíritu. Tras ambos se esconde la figura del padre del presentismo, B. Croce, y un Hegel inesperadamente retomado para el idealismo, generando la idea de que no se puede hablar de una Historia, puesto que hay multiplicidad de historias, de tal forma que cada historiador, cada individuo, es creador de su propia historia, y concluimos con Schaff (1976: 133): «Tiene razón quien se pronuncie el último». Ahora bien, la propuesta a este idealismo decimonónico, o lo que es lo

mismo, su aporte post- se abre paso de nuevo en la obra del círculo de Cambridge, y como en el caso anterior, genera la segunda inconsistencia teórica. El individuo, al ser creador de «su» historia, debe tomar una actitud militante que le lleva a valorar la Arqueología como crítica y comprometida, tema muy reiterado en los textos de Hodder y su escuela.

En esencia, la A. C. articula un difícil modelo que le descubre, a través del individuo, los grupos sociales, y con este difícil y preocupante paso para el subjetivismo individualista comienza a fijar lo que Hodder define como las «arqueologías marginales» (feminista, indígena, etc.), pero no como forma de conocimiento de la realidad, sino como visiones del mundo que hay que incorporar a la nueva tipología de Arqueologías. Como dice Thompson (1981: 72), y el tema vale para la Arqueología feminista, un libro de Historia no es erróneo para el feminismo porque lo escriba un hombre o porque no se hable de la mujer, sino por los planteamientos conceptuales inadecuados que se plantean o porque se apele a una elección de valores y no a la lógica histórica.

Este salto en el vacío en el que no se ha articulado el papel del individuo y su grupo (clase social, etnia, género), unido a la posición comprometida que se especifica en la arqueología «no como una forma de trabajar sino de vivir» (Shanks y Tilley, 1987a: 67) abre en un paso más el acceso al marxismo, pero no sólo tomado del historicismo de la Teoría Crítica tipo Marcuse (1968: 15) sino incluso del propio Althusser, a quien se le llega a aceptar en última instancia (Shanks y Tilley, 1987a: 123) que el individuo es soporte de las relaciones sociales de producción.

La tercera superación dialéctica se especifica en la dicotomía del *presente* y *pasado*. Sin entrar en detalle de lo que ello representa, puesto que ya ha sido tratado, estamos ante la superación del tiempo. Recuérdense las propuestas de Shanks y Tilley sobre la exposición de los objetos en los museos, y los pretendidos ejemplos seleccionados y atemporales de los trabajos de todo el grupo. Sin embargo, este rechazo de lo temporal por un presente que todo lo impregna se enfrenta a la imperiosa defensa de la tradición histórica defendida por Hodder. El problema se traslada claramente al concepto de Ciencia que la A. C. expresa. Su rechazo de la verificación, del probabilismo —rechazo de la matemática en Arqueología—, incluso del falsacionismo popperiano, por el anarquismo metodológico del tipo Fereyembach: «todo vale» (Gandara, 1982). Por ello, no existe manera de determinar qué es lo científico e ideológico salvo en la práctica, y en muchos casos se renuncia a tal necesidad porque es ilusorio intentar encontrar leyes, lo que supone, de hecho, un rechazo del conocimiento objetivo. Así, es inconsistente la propuesta de Shanks y Tilley de fijar la Arqueología como una Ciencia del pasado y del presente, dialéctica e informada hermenéuticamente. La respuesta a esa incongruencia podría justificarse en la vinculación de estos autores a un separatismo relativista del tipo: puede definirse una Ciencia Natural, pero ésta sería siempre diferente a la Social (Gandara, 1982: 154). Sin embargo, conviene valorar que la inconsistencia que citamos no está tanto en la vinculación al relativismo, sino en el hecho de la fijación de una Ciencia posible cuyo acceso al conocimiento es negado, y todavía más, la posición de un Hodder que no niega la existencia de leyes generales.

En definitiva, las tres inconsistencias denotan la falta de un cuerpo teórico donde sean demarcadas las cuestiones epistemológicas, las estrategias metodológicas, los objetivos y hasta el propio planteamiento de veracidad, de un modo no ya criticable desde otro paradigma, sino desde el propio de la A. C. Para tratar de evidenciar cómo estas inconsistencias se reflejan en los trabajos concretos del grupo, destacaremos algunas de sus características generales y sus limitaciones.

1) *La A. C. es una Arqueología de ejemplos*. Una Arqueología de ejemplos convenientemente buscados y seleccionados para probar que la cultura está significativamente constituida, y que los símbolos son lo más importante. Como ha dicho explícitamente Hodder (1987d: 43) la A. C. depende de buenos datos y por ello lo mejor es re-estudiar casos bien documentados, con lo cual difícilmente se pueden desarrollar proyectos de investigación más allá del ensayo-ejemplo. El lector que a priori no comparte las ideas de Hodder puede llegar a encontrar irritante la lectura de *Reading the Past* porque el autor sistemáticamente utiliza ejemplos escogidos para resaltar las limitaciones de la N. A. o sugerir que las cosas pueden ser de otra manera. Pero su aproximación —aparte de las vagas reivindicaciones del individuo, el contexto y la historia— no ofrece un cuerpo teórico-metodológico

explicito y riguroso. Como consecuencia de las múltiples críticas recibidas estos últimos años (Yengoyan, 1985; Kohl, 1985; Gallay, 1986: 85-97; Binford, 1987; Earle y Preucel, 1987; Bell, 1987), sólo en *The Archaeology of Contextual Meanings* (1987a) Hodder ofrece definiciones de los términos empleados por los contextuales en poco más de tres páginas, que mucho nos tememos serán ampliamente citadas en el futuro como prueba de que sí existe un cuerpo teórico-metodológico. Al pasar a definir el análisis contextual parece que el esfuerzo anterior fue excesivo, y comienza ¡una vez más! con un ejemplo, para terminar asegurando que el camino a seguir es continuar buscando similitudes y diferencias, descubriendo las redes completas de asociaciones y contrastes, y al mismo tiempo emplear la intuición, la imaginación y la analogía para dar sentido a la información contextual (Hodder, 1987e).

2) *La noción de Arqueología de los contextuales es muy amplia*, y desde luego en muchas ocasiones un prehistoriador afirmaría contundentemente que muchos estudios no son estrictamente arqueológicos. La razón es sencilla, el descubrimiento de las asociaciones contextuales y de los significados de los símbolos es más fácil en casos históricos donde la iconografía y los textos escritos ayudan mucho a esa tarea (Small, 1987). Por ello no es casualidad que la mayoría de los ensayos contextuales se refieran a etnoarqueología o arqueología histórica, llegando a casos extremos, pues a muchos les podría parecer muy poco arqueológico el estudio de Crawford (1987) sobre la relación entre la iconografía religiosa y los retratos familiares en un pueblo actual de Chipre. Incluso los que se clasifican como Arqueología prehistórica también resultan excesivos, y es el caso de Merriman (1987) quien afirma haber escogido un caso específicamente arqueológico, y lo que hace es una revisión estrictamente historiográfica del supuesto concepto de un «espíritu céltico», para acabar asegurando que con argumentos lógicos y ajustamiento a los datos se pueden inferir valores y motivaciones en Prehistoria (!!). El estudio de Gibbs (1987) sobre un tema favorito de los contextuales, la identificación de género en los datos arqueológicos es absolutamente típico, al buscar elementos adscribibles a hombres y mujeres a partir de los datos funerarios, y falla estrepitosamente cuando pretende inferir asociaciones de género en otros contextos como el doméstico, donde todo deviene ya en meras posibilidades o especulaciones. Así, el desarrollo de una decoración cerámica más elaborada *podría ser* una forma de discurso silencioso entre mujeres y un medio de llamar la atención sobre su rol en la preparación de la comida y la producción de cerámica, y además *es posible* que la decoración fuera también empleada para señalar tipos específicos de vasos asociados a hombres o mujeres (Gibbs, 1987: 88).

En fin, en uno de los trabajos más recientes de Hodder (1987d) sobre Chatal Hüyük y los orígenes de la agricultura, el autor confiesa al final que no ha sido capaz de captar las dimensiones psicológicas y emotivas del material de ese asentamiento, lo que debiera ser el objetivo último de la Arqueología (¿de una «arqueología psicológico-afectiva»?). Algunos preferimos no llegar tan lejos y emplear otras aproximaciones menos «profundas».

LA «NOVEDAD» DE LA ARQUEOLOGA CONTEXTUAL EN EL AMBITO DE LA INVESTIGACION ESPAÑOLA

En el mundo anglosajón la A. C. ha supuesto una nueva opción frente al materialismo propugnado por la N. A., y ha dado cauce a todos aquellos estudios que se centraban en aspectos simbólicos, relegados por la Arqueología sistémica o procesual. Junto a la disidencia teórica se acumulaban también importantes cargas de rechazo a unos procedimientos que no siempre se ajustaban a los principios que les sustentaban, y es cierto que los grupos indígenas o marginales han podido identificar a la N. A. con el imperialismo occidental, y que los propios arqueólogos europeos han considerado que la complicación en los sistemas instrumentales desarrollados por la N. A. no

compensaba la balanza de los resultados obtenidos en sus estudios. Sin embargo, pensamos que si bien la N. A. es, como todo, criticable, el ataque que de ella se ha hecho es superficial, y que está fundamentalmente al servicio de la continuidad en una visión tradicional de la Arqueología.

Concretamente en el caso español, este segundo aspecto es especialmente apreciable. La tradición normativista mantenida, salvo excepciones, hasta el momento actual, ha primado siempre un empirismo —supuestamente independiente de la teoría— en el que el mundo «material» y el «simbólico» eran accesibles en igual medida (Martínez Navarrete, 1988), y en el que los procedimientos de trabajo eran más intuitivos que explícitos. La N. A. ha influido básicamente en un refinamiento de los sistemas de obtención y tratamiento de los datos, disociados de sus fundamentos primeros. Sin embargo, su uso continuado y el desarrollo ocasional de proyectos con una base explícitamente materialista han hecho a muchos ser conscientes de que su método de trabajo era vulnerable. En este marco, en el que empieza a apreciarse un sentimiento creciente de que son los presupuestos teóricos los que deben regir toda investigación empírica, el impacto de la A. C., con su rechazo del materialismo, su carácter particularista, su pretendido acceso al simbolismo y su defensa de la Historia como factor explicativo, no hace sino permitir a la investigación una vuelta a sus hábitos —defectos— tradicionales, con la justificación de estar a la última moda llegada del mundo anglosajón. La diferencia mayor está en que la escuela contextual se ha esforzado en exponer repetidamente sus creencias y formas de trabajo, mientras que la investigación peninsular sigue siendo hermética en cuanto a los principios que la rigen. Por ello, nunca se insistirá bastante en la necesidad de que toda investigación busque un marco teórico coherente, sea el que sea, puesto que sólo así podrá constituirse un debate en el que se clarifiquen las posturas, y con ellas, los procedimientos de trabajo.

BIBLIOGRAFIA

- BARRETT, J. C. (1987): «Contextual Archaeology». *Antiquity*, 61: 468-473.
- (1987): «Rationality versus Relativism: a Review of "Reading the Past" by I. Hodder». *Archaeological Review from Cambridge*, 6 (1): 75-86.
- BINFORD, L. R. (1987): «Data, relativism and archaeological science». *Man* (N. S.), 22: 391-404.
- COLLINGWOOD, R. G. (1986): «*Idea de la Historia*». Fondo de Cultura Económica. Méjico. 1.^a ed. inglesa 1946.
- CRAWFORD, S. (1987): «Iconography, sacred and secular: visions of the family». En I. Hodder (ed.): «*The Archaeology of Contextual Meanings*». New Directions in Archaeology. Cambridge University Press: 20-30.
- EARLE T. K., y PREUCEL, R. W. (1987): «Processual Archaeology and the Radical Critique». *Current Anthropology*, 28, 4: 501-538.
- GALLAY, A. (1986): «*L'Archéologie Demain*». Pierre Belfond. París.
- GANDARA, M. (1982): «La Vieja Nueva Arqueología. II Parte». En «*Teorías, Métodos y Técnicas en Arqueología*». Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Méjico: 99-161.
- GIBBS, L. (1987): «Identifying gender representation in the archaeological record: a contextual study». En I. Hodder (ed.): «*The Archaeology of Contextual Meanings*»: 79-89. New Directions in Archaeology. Cambridge University Press.
- HODDER, I. (1977): «The distribution of material culture items in the Baringo district, Kenya». *Man*, 12: 239-269.
- (1978): «*The spatial organisation of culture*». Duckworth. London.
- (1979): «Economic and social stress and material culture patterning». *American Antiquity*, 44: 446-455.
- (1982a): «*The Present Past. An Introduction to Anthropology for Archaeologists*». B. T. Batsford Ltd. London.
- (1982b): «*Symbols in Action*». Cambridge University Press. Cambridge.
- (1982c): «*Symbolic and Structural Archaeology*». New Directions in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge.
- (1984): «New Generations of Spatial Archaeology». *Arqueología Espacial*, 1: 7-24. Teruel.
- (1986): «*Reading the Past*». Cambridge University Press. Cambridge. Traducido como «Interpretación en arqueología: corrientes actuales». Ed. Crítica, Grijalbo. Barcelona, 1988.
- (1987a): «*The Archaeology of Contextual Meanings*». New Directions in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge.
- (1987b): «*Archaeology as Long-Term History*». New Directions in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge.
- (1987c) «*La Arqueología en la era post-moderna*». *Trabajos de Prehistoria*, 44: 11-26.

- (1987d): «Contextual Archaeology: An Interpretation of Çatal Hüyük and a Discussion of the Origins of Agriculture». *Institute of Archaeology Bulletin*, 24: 43-56.
- (1987e): «The contextual analysis of symbolic meanings». En I. Hodder (ed.): «*The Archaeology of Contextual Meanings*»: 1-10. New Directions in Archaeology. Cambridge University Press.
- (1988): «Spatial Archaeology: an Introduction». *Seminario Internacional sobre Arqueología Espacial*. Universidad Lusitana. Lisboa, 10-12 de marzo 1988 (en prensa).
- HODDER, I., y ORTON, C. (1976): «*Spatial analysis in Archaeology*». Cambridge University Press. Cambridge.
- KENT (1987): «Parts as wholes: a critique of theory in Archaeology». En Kent, S. (ed.): «*Method and Theory for Activity Area Research. An Ethnoarchaeological Approach*»: 513-548». Columbia University Press. N. York.
- KOHL, P. L. (1985): «Symbolic Cognitive Archaeology. A new loose of innocence». *Dialectical Anthropology*, 9: 105-117.
- MARCUSE, H. (1968): «*El final de la Utopía*». Ariel. Barcelona. (1.ª ed., Berlín, 1967).
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1988): «Crítica a la Metodología Arqueológica en el Viejo Mundo (España como caso)». Primera reunión hispano-mejicana de Arqueología. Las Navas del Marqués (Ávila). Mayo, 1988. (En prensa).
- MERRIMAN, N. (1987): «Value and motivation in pre-history: the evidence for "Celtic Spirit"». En I. Hodder (ed.): «*The Archaeology of Contextual Meanings*»: 111-116 New Directions in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge.
- MILLER, D. (1985): «*Artefacts as Categories: a study of ceramic variability in Central India*». Cambridge University Press. Cambridge.
- MILLER, D., y TILLEY, C. (1984): «*Ideology, Power and Prehistory*». New Directions in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge.
- SCHAFF, A. (1976): «*Historia y Verdad*». Ed. Crítica-Grijalbo. Barcelona. (1.ª ed. Viena, 1971).
- SHANKS, M., y TILLEY C. (1987a): «*Re-constructing Archaeology: Theory and practice*». Cambridge University Press. 267 pp.
- (1987b): «*Social Theory and Archaeology*». Cambridge. Polity Press. 243 pp.
- SMALL, D. B. (1987): «Toward a Competent Structuralist Archaeology: a Contribution from Historical Studies». *Journal of Anthropological Archaeology*, 6: 105-121.
- TRIGGER, B. (1984) «Alternative archaeologies: nationalist, colonialist, imperialist». *Man* (N.S.), 19: 355-370
- THOMPSON, E. P. (1981): «*Miseria de la Teoría*». Crítica-Grijalbo. Barcelona. (1.ª ed., Worcester, 1978).
- WHITLEY, J. (1987): «Art History, Archaeology and Idealism: the German tradition». En I. Hodder (ed.): «*Archaeology as Long-Term History*»: 9-18. New Directions in Archaeology. Cambridge University Press.
- YENGOYAN, A. (1985): «Digging for Symbols: The Archaeology of everyday material Culture». *Proceedings of the Prehistoric Society*, 51: 329-334.